

Martí Vila Pérez

Máster en Bioética. Residente de Análisis Clínicos en el Laboratorio Clínico ICS Camp de Tarragona-Terres de l'Ebre.

martivilaperez@gmail.com

Resumen

La irrupción de la pandemia del SARS-CoV-2 ha generado un panorama de devastación social, política y económica sin precedentes. En medio de la crispación y el negativismo, necesitamos propuestas operativas que nos permitan deliberar acerca del mundo que queremos, pasando necesariamente por la articulación de una bioética sustentada según parámetros medioambientales en un contexto de bioética global. Estamos en caída libre y necesitamos soluciones responsables y sostenibles. Es la hora de la bioética.

Palabras clave

bioética, pandemia, medioambiente, SARS-CoV-2, COVID-19

Abstract

The irruption of SARS-CoV-2 pandemic has generated a scenario characterized by social, political and economic devastation, which had no precedent. Among such exasperation and negativism, we need operative proposals that allow us to have discussion about the world we want to live in. Therefore, we necessarily have to undergo the articulation of that one sort of bioethics based on environmental parameters within a global bioethics context. We are exhausting our time and we need both responsible and sustainable solutions. It is bioethics' turn.


Keywords

bioethics, pandemic, environment, SARS-CoV-2, COVID-19.

La caída de los numeradores

Introducción

Llevamos meses hablando de las consideraciones éticas en tiempo de pandemia desde un punto de vista social y sanitario, pero ¿nos hemos parado a reflexionar sobre si las éticas medioambientales tienen algo que decir? La ética medioambiental emergió como disciplina académica en la década de 1970¹, y entre las distintas posiciones formuladas en el medio siglo de esta disciplina, hay un debate subyacente que consiste en dilucidar qué entidades son sujetos de valor intrínseco y cuáles no. De manera didáctica:

 Nos hemos parado a reflexionar sobre si las éticas medioambientales tienen algo que decir?

- *El valor intrínseco*: es una cualidad concebida con independencia de la relación con otras entidades y que genera un deber ético hacia la entidad que lo posee.
- *El valor extrínseco*: es una cualidad dada por un tercero sobre una entidad determinada. El valor extrínseco, al mismo tiempo, puede ser instrumental, simbólico, cultural, estético o emocional.

Entrando poco a poco en materia, las éticas medioambientales se dicotomizan en:

- *Antropocéntricas*: solamente otorgan valor intrínseco al ser humano.
- *No antropocéntricas*: otorgan valor intrínseco tanto al ser humano como a la naturaleza.

Al mismo tiempo, las corrientes no antropocéntricas también se bifurcan según si son:

- *Igualitaristas*: reconocen la igualdad de intereses entre seres vivos.
- *Ecocéntricas*: reconocen un deber ético hacia los ecosistemas y las especies, por encima de la individualidad de los seres vivos.

Por otro lado, la ética medioambiental y la bioética global utilizan un lenguaje muy parecido al que utilizaban los padres fundadores de la bioética:

- *Fritz Jahr*: pedía respeto por todos los seres, tanto humanos como no humanos.
- *Van Rensselaer Potter*: popularizó la alegoría del tender puentes entre las múltiples disciplinas que confluyen en la bioética.
- *André Hellegers*: creía en la institucionalización del diálogo bioético.
- *Daniel Callahan*: defendía trazar un eje bidireccional entre el diálogo bioético y el político.

Una mirada introspectiva

Tengo la tendencia a pensar que muchas veces necesitamos retroceder y desaprender para poder avanzar, de forma que volver a nuestros recuerdos de la infancia se convierte en un reservorio de abundancia imaginativa. Recordando los cortometrajes de animación *vintage*, es fácil pensar en esas escenas en que un ser animado corre en piloto automático hasta llegar al borde de un precipicio. En el momento en que la gravedad debería precipitarlo, él sigue corriendo a través del vacío, y no es hasta que mira hacia la nada cuando se da cuenta de que en las siguientes milésimas de se-

el mismo aire. Siempre y cuando tengamos conciencia de esta situación y conozcamos la relación de causalidad entre el caminar sobre la nada y la caída al vacío, es cuando podemos encontrar soluciones ante la amenaza. Dicho de otra forma, la irrupción de lo real en la realidad restaura el *creer para ver a su forma original: ver para creer*.

Hemos necesitado ver para creer en los *costes ocultos del desarrollo económico humano*, tal y como apunta la profesora Kate Jones alrededor del contexto de la pandemia provocada por el SARS-CoV-2.² Dejando de lado si la crisis medioambiental y la aparición

con el paradigma de devastación comunitaria en el que nos encontramos, intentando buscar una tabla salvadora en la prudencia aristotélica (*phronesis*) y en la ética de la responsabilidad de Hans Jonas.

Durante las últimas décadas, las corrientes antropocéntricas han dominado la mayor parte del debate ético ambiental. Recordemos que estas corrientes son las que conciben que, más allá del ser humano, todos los otros seres poseen un valor extrínseco. Aunque dicho valor sea concebido a menudo como instrumental, es decir, para ser utilizado por los que son poseedores de valor intrínseco, no tiene por qué entenderse según criterios de explotación y explotación. Analizando la cuestión, debemos tener en cuenta las aportaciones de John Passmore, filósofo australiano que cree que no es necesario rechazar nuestra tradición intelectual para asumir de forma ética los problemas ambientales que nos rodean. Pero asumir de forma ética estos problemas es precisamente lo que no contemplan las políticas globales contemporáneas. Por lo tanto, nuestra tradición ética puede ser insuficiente para responder de forma moralmente óptima a nuestra relación con el medioambiente.

Nuestra tradición ética puede ser insuficiente para responder de forma moralmente óptima a nuestra relación con el medioambiente

gundo caerá. Nos hemos convertido en esa caricatura. Estamos en caída libre.

Este hecho anecdótico rebosa complejidad. En este contexto, podríamos traer a colación la distinción entre la realidad y lo real, formulada por Jacques Marie Émile Lacan. El psicoanalista francés postula que mientras que la realidad es nuestro entorno perceptible sensorialmente, lo real es una entidad espectral, y cuando eso que creemos real irrumpe en nuestra realidad, lo convertimos en algo a lo que podemos enfrentarnos. Recuperando el ejemplo anterior, la realidad es nuestra sensación de estar pisando tierra firme, y lo real es la constatación de la existencia de un precipicio más allá de ese borde que vislumbramos al final del camino. Finalmente, la irrupción de lo real en la realidad se materializa cuando nos damos cuenta de que ya estamos caminando sobre

de la pandemia COVID-19 poseen una relación de causalidad o de asociación, presentan un marco teleológico y hermenéutico muy parecido.

¿Es suficiente nuestra tradición ética?

El fundamentalismo alrededor del valor intrínseco es uno de los *enfants terribles* de la filosofía *per se*, y a la hora de abordarlo tenemos dos opciones: decantarnos por la opción que podamos fundamentar mejor o escoger la opción más pragmática, entendiendo pragmatismo como el poder sustentar el cambio de paradigma ético que necesitamos nosotros mismos y el sistema que tejemos. Victòria Camps describe el conocimiento moral como *un saber sin fundamento ni legitimación fiable y condenado a la indeterminación y a la perplejidad*.³ Así, creo que deberíamos escoger una aproximación ética justa de acuerdo

¿Ética medioambiental o ética global?

Si bien los actores implicados en las decisiones de impacto global otorgan un valor instrumental a la naturaleza, no tienen perspectiva de integrarla dentro de una perspectiva ética medioambiental más allá de la retórica, ya que menosprecian las cuestiones éticas que podría suscitar el proceso de reflexión. Por lo tanto, todas las propuestas medioambientales que encontramos en la literatura, incluso las más antropocéntricas, pueden parecer excesivamente ecologistas para

identificarlas con el paradigma sociopolítico actual.

Intentando buscar una propuesta operativa para romper con esta situación, deberíamos situarnos en una óptica que, según la teoría del valor, concibiera un valor intrínseco objetivo en la naturaleza, es decir, que el hecho de poseer valor fuera independiente de la presencia de un evaluador que lo valore, aunque los mismos agentes aparezcan delante de una conciencia humana que los reconozca. Así, interpretaríamos que la concepción del valor podría ser antropogénica sin ser necesariamente antropocéntrica, tal y como extraemos de las aportaciones de J. Baird Callicott, filósofo norteamericano que presidió la International Society for Environmental Ethics. No obstante, mientras que me gustaría rechazar abiertamente la primera etapa intelectual de Callicott, en la

Con una bioética antropogénica, igualitarista y comunitaria, la bioética deja de ser ambiental para ser global. Deja de ser una propuesta operativa a nivel ecológico para serlo a nivel social

cual cae en la falacia naturalista y defiende el origen biológico de la ética, sí me gustaría defender su etapa más madura, en la que concilia una ética igualitarista y holística mediante una filosofía moral comunitaria, siendo precisamente el punto de encuentro que posiblemente necesitamos como

sociedad en el sentido más global de la palabra, recuperando la concepción del *ser-con* de Kierkegaard o Feuerbach. Con una bioética antropogénica, igualitarista y comunitaria, la bioética deja de ser ambiental para ser global. Deja de ser una propuesta operativa a nivel ecológico para serlo a nivel social.

Llegados a este punto, os preguntaría acerca de qué estamos escribiendo. La respuesta es que escribimos, ni más ni menos, acerca de bioética: de la ética de la supervivencia y del tender puentes de Van Rensselaer Potter, del trazar un eje vertical bidireccional entre el diálogo bioético y político de Daniel Callahan y de la ética de la responsabilidad de Hans Jonas. Porque nos hemos dado cuenta de que la bioética era de verdad, tal y como proclamaba Montse Esquerda en un artículo reciente.⁴ Así, entender



la bioética de forma global probablemente implique gestar un movimiento de desarrollo sostenible para responder a la devastación sistémica que nos están dejando y nos dejarán la pandemia COVID-19 y la crisis medioambiental, ya sea bajo una relación de asociación o de causalidad.

El hecho de querer rescatar el relato subyacente a la hermenéutica medioambientalista tiene una razón de ser muy concreta, y es que la irrupción del SARS-CoV-2 como fenómeno global ha hecho estallar la esfera, usando la nomenclatura del filósofo alemán Peter Sloterdijk, en la que no solamente hemos desarrollado nuestro proyecto personal, sino también nuestro proyecto social, político y económico. La necesidad de generar esta esfera emana del querer protegernos de nuestra misma vulnerabilidad, del querer proteger el *dasein* heideggeriano, la apertura del ser humano a la existencia.

¿La pandemia nos ha hecho vulnerables?

No, la pandemia no nos ha hecho vulnerables. La pandemia nos ha hecho tomar conciencia de nuestra debilidad en nuestras microesferas personales y en nuestras macroesferas comunitarias y ambientales, las cuales se han evidenciado como insostenibles. Y es aquí cuando es muy importante no tener miedo, ya que sabemos que los cambios históricos nunca han sido graduales, siempre han irrumpido como nuevas realidades que evidencian nuestra fragilidad. Tampoco podemos encogernos delante de la adversidad. *Yo soy yo y mi circunstancia* -dice Ortega y Gasset-, *y si no la salvo a ella, no me salvo yo*, de modo que necesitamos abordar la circunstancia de forma holística para poder conocernos a nosotros y la esfera que nos arropa, desarrollando una posibilidad en que

el *bios* tenga cabida dentro de nuestro *ethos*. Estemos en la misma embarcación o en embarcaciones distintas, delante del temporal debemos resistir las mismas olas, sin olvidar que si llegan a la costa pueden devastar todo cuanto conocemos.

Desde tiempos inmemorables hemos combatido leviatanes sociales desde una gran variedad de perspectivas políticas. Bajo la óptica de la historia occidental reciente, desde las teorías contractualistas de Hobbes, Rousseau y Locke, se ha desarrollado un marco hermenéutico en el que el hombre

La pandemia nos ha hecho tomar conciencia de nuestra debilidad en nuestras microesferas personales y en nuestras macroesferas comunitarias y ambientales, las cuales se han evidenciado como insostenibles

en rebeldía prácticamente siempre ha buscado su paraíso en una nueva lectura e interpretación del contrato social. Lo estudiamos en la idealizada toma de la Bastilla y en la polémica toma del Palacio de Invierno; en el colonialismo, imperialismo y en la liberación de los pueblos indígenas; en el capitalismo y en el socialismo, ambos con sus múltiples bifurcaciones teóricas y prácticas; en la aparición y derrumbe de los estados fascistas, soviéticos y sus respectivas áreas de influencia; en la concepción del estado del bienestar y la contrapropuesta que materializó el modelo social neoliberal. No obstante, no fue hasta finales del siglo pasado, precisamente

con la irrupción de la ética medioambiental, que nos dimos cuenta de que los contratos sociales debían tener en cuenta otro elemento: nuestro entorno global. Y es por eso que, si es la hora de debatir propuestas operativas y consensuar proyectos sociales, económicos y políticos, debemos ahondar en las premisas de la ética medioambiental para incluirlas en nuestra tabla salvadora.

¿Qué podemos hacer?

Ante el posible cambio de paradigma que nos proporciona el momento histórico que estamos viviendo, urge responder a esta pregunta: ¿qué podemos hacer? Siguiendo el planteamiento de Juan Carlos Castilla respecto a la relación entre la ética individual ambiental y las soluciones globales, respecto a la tragedia de los recursos o la misma crisis ambiental, podríamos buscar respuestas en el principio ético de complicidad de Kutz: *yo soy responsable de lo que otros hacen cuando intencionalmente participo en el hecho erróneo que ellos hacen o en el problema que ellos causan*.^{5,6} No obstante, no debemos olvidar que las éticas individuales responsables deben ser concebidas como una herramienta más para abordar el problema subyacente que, en última instancia, debe tomar dimensiones globales. Esta misma responsabilidad también se puede utilizar como reivindicación delante de la hegemonía política actual, que Alain Badiou describía como aparato de censura ideológica, no con la función de aplastar la resistencia, sino de aplastar la esperanza. Todo está por hacer y todo es posible, traduciendo y citando a Miquel Martí i Pol.

El desarrollo de la responsabilidad en el contexto de las éticas individuales nos podría ayudar a estar preparados para los cambios que tendrán que venir. Así, evitaríamos caer en uno de los

errores que Wolfgang Streeck señaló en el marxismo: *es un prejuicio marxista que el capitalismo como época histórica solo terminará cuando una sociedad nueva y mejor esté lista.*⁷ Sin ninguna duda, a pesar que nos hemos dado cuenta de que nos estamos precipitando, no estamos listos. Necesitamos interiorizar el criterio ético de la responsabilidad.

Si tuviéramos que construir un discurso positivista diría que la solución pasa por el cooperativismo y el comunitarismo social, que no por la economía de mercado ni por el capitalismo de Estado, arrojándonos en la filosofía moral comunitaria de la segunda etapa de Callicott. En este punto, los ciudadanos debemos tener claro el mantra de que la sostenibilidad trata de hacer distinto y hacer menos, de optimizar y no maximizar nuestro consumo. De desescalar, usando una palabra muy popularizada en el panorama político actual. Así, resumiría lo que podemos hacer a nivel personal en una sola frase: autolimitarnos como consumidores y liberarnos como crea-

dores. De nuevo, intentando construir un discurso en positivo y no en la contención, debemos aprender a decir no, extrapolando la idea del propio ideario de Jorge Riechmann,⁸ profesor titular de filosofía moral en la Universidad Autónoma de Madrid, o decidiremos a saltar dentro de este nuevo paradigma, como diría Naomi Klein en su maravilloso *Decir no no basta*.

En el intento de tender puentes, basándonos en Potter, o en el intento de tejer un eje bidireccional con la esfera política, basándonos en Callahan, necesitamos reinventar las estructuras gubernamentales y no gubernamentales. Para hacerlo sería fácil apelar a la educación y a la sensibilización de la población, lo que probablemente nos llevaría a la falacia que Karl Popper achacó a la doctrina marxista. Es decir, el atribuir la falta de acuerdo a la falta de conocimiento del saber que nos iba a hacer libres. En esta misma línea hermenéutica, el saber no tiene por qué hacernos más responsables o concienciados, ni con el medio ambiente ni con la sociedad,

y mucho menos, más predispuestos a actuar conforme a nuestras ideas.

Defendiendo la sostenibilidad de las decisiones que se toman en nuestras instituciones y siguiendo el fundamento de la autolimitación y el decir no, el cambio radica en nosotros, pero no en un nosotros individualizado, sino en un nosotros responsable y prudente, proponiendo soluciones que algunos autores denominan *policéntricas*.⁵ Es aquí cuando creo que deberían entrar en acción los filósofos y eticistas, pero no para describir, sino para crear nuevos horizontes y seducir a la población de que un nuevo orden y un nuevo mundo son posibles. Parafraseando a Jorge Riechmann: *sustentabilidad es revolución*, en contraposición a la sustentabilidad como retórica, hecho que nos llevaría a seguir el mantra de la economía moderna que Ernst Schumacher describió en *Small is Beautiful como el procurar elevar al máximo el consumo para poder mantener al máximo la producción*. Eso sí, un consumo de productos bajo un escrupuloso filtro de Greenwashing.



¿Realmente estábamos desprevenidos?

Haciendo un pequeño ejercicio de introspección, recuerdo con mucho cariño una charla del profesor Francesc Torralba en la sede del *Institut Borja de Bioètica* el pasado 19 de diciembre de 2019. Esa tarde de viernes fue cuando escuché hablar por primera vez de la teoría de las esferas de Sloterdijk, del *dasein* heideggeriano y de la vulnerabilidad desde un punto de vista bellamente filosófico. De hecho, probablemente le deba la mayor parte de la visión de la antropología de la vulnerabilidad que emana de este breve texto.

En uno de los bloques de su charla magistral, expuso cuales creía que iban a ser los debates disputados alrededor de la bioética actual y venidera en la década que íbamos a empezar de forma inminente. En esa tarde de invierno, poco nos imaginábamos la situación que nos iba a deparar el futuro inmediato. No obstante, el eco de algunos de los retos que se dibujaron ese día resuenan en medio de la pandemia una y otra vez: ancianidad, esperanza de vida, insostenibilidad del sistema público de sanidad, la bioética ecológica global en un contexto de acuerdos de mínimos después de la Cumbre del Clima de 2019 en Madrid y la digitalización de nuestras vidas, la cual pretende entender la conjugación entre el *binomio algoritmos y ética*. Cuando se abrió el turno del debate, apunté que el denominador común a muchos de los problemas planteados era una cuestión de fragilidad sistémica. Sin querer otorgarme ningún mérito por el hecho de remarcar esta característica de relativa obiedad, poco más de medio año después, no solamente se ha evidenciado esta misma fragilidad, sino que la totalidad del deno-

minador común se ha desvanecido, causando nuestra caída libre y nuestro devenir en medio del temporal. Nuestras esferas se han agrietado y nos hemos dado cuenta de nuestra vulnerabilidad.

Para finalizar, aferrándome a la creencia de la posibilidad del cambio, querría terminar lanzando un fuerte mensaje de esperanza, pensando en las personas que navegan con las embarcaciones más precarizadas, en las personas que solamente cuentan con sus brazos para seguir subsistiendo en la superficie y en las personas que tienen gente querida perdida en alta mar. Sin esfera se evidencia nuestra vulnerabilidad, pero en su ausencia, ya no hay fricción que obstaculice nuestra ilusión y las ganas de trasladar la deliberación bioética a una escala global. Es la hora de la sostenibilidad. Es la hora de crear comunidad. Es la hora del cooperativismo. Es la hora de la bioética.

Conclusiones

- La crisis medioambiental y la pandemia COVID-19 presentan un marco teleológico y hermenéutico muy parecido.
- Es probable que tengamos que superar nuestra tradición ética para responder de manera moralmente óptima a nuestra relación con el medio ambiente.
- Con una bioética antropogénica, igualitarista y comunitaria, la bioética deja ser ambiental para ser global, y deja de ser una propuesta operativa a nivel ecológico para serlo a nivel social.
- La pandemia nos ha hecho tomar conciencia de nuestra debilidad en nuestras microesferas personales y en nuestras macroesferas comunita-

rias y ambientales, las cuales se han evidenciado como insostenibles.

- Podemos resumir lo que podemos hacer en: autolimitarnos como consumidores y liberarnos como creadores.

Bibliografía

1. Brennan A, Yeuk-Sze L. Environmental Ethics [Internet]. Stanford Encyclopedia of Philosophy. 21 de julio de 2015 [Consultado: 9 de agosto de 2020]. Disponible en: <https://plato.stanford.edu/entries/ethics-environmental/>
2. Vidal J. "Tip of the iceberg": is our destruction of nature responsible for Covid-19? The Guardian [Internet]. 18 de marzo de 2020 [Consultado: 9 de agosto de 2020]. Disponible en: <https://www.theguardian.com/environment/2020/mar/18/tip-of-the-iceberg-is-our-destruction-of-nature-responsible-for-covid-19-aoe>
3. Camps V. La fragilidad de una ética liberal. Cerdanyola del Vallès: Edicions UAB; 2018.
4. Esquerda M. Hem descobert que la bioètica era de debò. Diari Ara [Internet]. 2 de abril de 2020 [Consultado: 9 de agosto de 2020]. Disponible en: https://www.ara.cat/opinio/montserrat-esquerda-com-hem-descobert-bioetica-debo-coronavirus-covid-19_0_2427957335.html
5. Castilla J. Tragedia de los recursos de uso común y ética ambiental individual responsable frente al calentamiento global. Acta Bioeth. 2015; 21(1): 65-71.
6. Kutz C. Complicity: Ethics and law for a collective age. Nueva York: Cambridge University Press; 2000.
7. Streeck W. ¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayo sobre un Sistema en decadencia. Madrid: Traficantes de sueños; 2017.
8. Riechmann J. ¿Cómo cambiar hacia sociedades sostenibles? Reflexiones sobre biomimesis y autolimitación. Isegoria. 2005; 32(1): 95-117.

**Para citar este artículo: Vila-Pérez M. La caída de los numeradores. Bioética y debate. 2021;27(91):3-8.